

conmoverse que las del antiguo continente, ¿hay que ver en ello una apatía procedente de la constitución? ¿Se puede establecer una proporción (en igualdad de circunstancias) entre la vivacidad física y la prontitud mental en conmoverse? *b.* ¿Qué conexión existe entre este carácter y el estado social? Indudablemente con un natural pronto á estallar, como el de un bosquimano, el hombre no es propio para vivir en sociedad; y de ordinario, la vida en común, una vez establecida, no importa cómo, amortigua esta vivacidad. *c.* ¿Cuál parte es preciso atribuir en esta obra de apaciguamiento á los sentimientos que desarrolla el estado social, así como el miedo de la vecindad, el instinto de sociabilidad, los sentimientos de simpatía, el sentido de lo justo? Todo sentimiento que para agrandarse tiene necesidad del medio social, supone la concepción de ciertas consecuencias más ó menos remotas; supone, pues, un freno impuesto al impulso de las pasiones simples. De ello se desprenden estas preguntas: ¿Según cuál orden y con cuáles grados de intensidad entran estas pasiones en acción? ¿Cómo se combinan?

7.º Se puede añadir aquí un problema general de una especie diferente: ¿Cuál es el efecto de la mezcla de las razas sobre la naturaleza mental? En todo el reino animal, tenemos motivos para creerlo, todo crecimiento entre variedades que han llegado á ser demasiado extrañas entre sí, no produce en lo físico nada bueno; por el contrario, la unión entre variedades ligeramente distintas da en lo físico buenos efectos. ¿Ocurre lo propio con la naturaleza mental? Según ciertos hechos, la mezcla entre razas de hombres muy desemejantes parece producir un tipo mental sin valor, que no es bueno, ni para hacer la vida de la raza superior, ni para la del inferior; que no es propio, en suma, para ningún género de vida. Al revés, pueblos del mismo origen que, habiendo vivido durante muchas generaciones en circunstancias diferentes, se han separado ligeramente uno de otro, dan (se ha visto algunas veces) por

crecimiento un tipo mental superior bajo ciertos respectos. En su libro sobre *Los hugonotes*, M. Smiles hace notar el gran número de hombres que se han distinguido entre nosotros, y que descendían de refugiados flamencos y franceses; y M. Alfonso de Candolle, en su *Historia de las ciencias y de los sabios desde hace dos siglos*, muestra que entre los descendientes de los franceses refugiados en Suiza, se cuenta una proporción extraordinaria de hombres de ciencia. Indudablemente este hecho puede relacionarse, por una parte, con la naturaleza original de los refugiados, porque ellos tenían esta independencia de carácter, que es el principio de la originalidad; pero, no obstante, hay que creer que una parte también es debida á la mezcla de razas. En apoyo de esto tenemos una prueba, que en el caso presente no admite dos interpretaciones. El profesor Morley llama nuestra atención sobre el hecho de que durante siete siglos de nuestra historia primitiva, «los mejores espíritus de Inglaterra nacieron sobre esta faja de tierra, donde los celtas y los anglo sajones se encontraban. De igual modo Galton, en sus *Sabios ingleses*, hace observar que, en tiempos más recientes, los sabios han salido especialmente de una región interior que corre en general del Norte al Sur, en la que se concibe que debe existir más sangre mezclada que la que hay en el Oeste ó en el Este. *A priori*, se puede esperar tal resultado cuando dos naturalezas, adaptadas á dos series ligeramente distintas de condiciones sociales, se unen, porque es de creer que saldrá de ello una naturaleza un poco más plástica que las anteriores, más dispuesta á recibir las impresiones de un medio que se renueva por el progreso de la vida social, y, por lo mismo, más propia para crear ideas nuevas y para manifestar sus sentimientos en una forma particular. Por eso, la psicología comparada del hombre hará bien en abrazar los efectos del crecimiento sobre el espíritu; y de aquí se deducen problemas secundarios como el siguiente: ¿Hasta qué punto la conquista de una raza por otra ha sido para

la civilización un instrumento de progreso, ayudando al crecimiento, como lo ha sido también en otros respectos?

II. La segunda de las tres grandes divisiones indicadas al principio es menos vasta. Sin embargo, la comparación de la naturaleza mental en los dos sexos, y aun en cada raza, promueve problemas muy interesantes y de gran importancia.

1.º *Diferencia de los dos sexos en cuanto al grado.*—Es un hecho reconocido que la diferencia entre los hombres y las mujeres en lo físico no se marca igualmente en todas las razas. Esta diferencia es más fuerte, por ejemplo, en las razas barbudas que en las lampiñas. En las tribus de América del Sur, el hombre y la mujer tienen una semejanza general en las formas, etc., que excede á lo que se ve de ordinario en otras partes. De ello se desprende un problema que se ofrece por sí mismo: ¿La diferencia de los sexos en cuanto á la naturaleza mental es constante ó variable en grado? No es verosímil que resulte constante; en tal caso ¿cuál es la extensión de la variación, y bajo cuáles condiciones se produce?

2.º *Diferencia en cuanto á la masa y á la complejidad.*—La comparación entre los sexos puede subdividirse naturalmente de la misma manera que la comparación entre las razas. Ante todo, habrá necesidad de considerar la masa y la complejidad mentales relativas. Si se admite que el reparto muy desigual entre ambos sexos de la tarea en la obra de la reproducción es la causa de su desemejanza en cuanto á la masa mental, como en cuanto á lo físico, se podrá estudiar esta diferencia, relacionándola con las diferencias de fecundidad de las diversas razas, con las diversas edades en que la fecundidad comienza y con la longitud del tiempo que dure.

Esta cuestión promueve otra, que está muy próxima: ¿En cuál medida el desarrollo del espíritu en los dos sexos recibe una influencia de sus hábitos respectivos de alimen-

tación y de actividad física? En muchas razas inferiores, la mujer, tratada con una excesiva brutalidad, está, físicamente, muy por debajo del hombre; la causa estriba á la vez en el exceso de trabajo y la falta de alimento. ¿Esta causa no produce al mismo tiempo una suspensión en el desarrollo mental?

3.º *Variabilidad de las diferencias.*—Si la desemejanza física y mental de los dos sexos no es constante, entonces, suponiendo que todas las razas son ramas salidas de un mismo tronco primitivo, es forzoso que en cada sexo las diferencias se hayan transmitido, acumulándose al través de las generaciones. Si, por ejemplo, el hombre prehistórico fué imberbe, en este caso, para que una variedad de hombres provistos de barba se produjese, hubo necesidad que en esta variedad los machos transmitieran á sus descendientes del mismo sexo una barba cada vez más abundante. Si la herencia puede ser de este modo limitada á un sexo, y de ello tenemos numerosos ejemplos en todo el reino animal, el hecho puede también alcanzar á las disposiciones del cerebro, como á las de otros órganos. Aquí se plantea este problema: ¿En los diversos tipos de la humanidad, las diferencias de los sexos en cuanto á la naturaleza mental no pueden ser de géneros y de grados diversos?

4.º *Causas de estas diferencias.*—¿Cabe observar alguna relación entre estas diferencias variables y las partes variables que los dos sexos pueden tomar en los trabajos de la vida? Admitamos que los efectos del hábito sobre la función y la estructura del órgano se acumulen, que la herencia sea limitada por el sexo; entonces, si en una sociedad dada, los actos de un sexo difieren durante largas generaciones de los actos del otro, el espíritu de cada sexo, conforme se debía esperar, sufrirá un acomodamiento propio. Se puede citar algunos ejemplos en apoyo de esto. En los africanos de Loango y de otras regiones, como también en ciertas tribus montañosas de la India, hay una diferencia precisa entre el hombre y la mujer: el uno, es flojo, la otra,

activa; sin duda una existencia industriosa ha llegado á ser tan natural á las mujeres, que no tienen necesidad de ser obligadas á trabajar. Evidentemente, tales hechos traen al espíritu una larga sucesión de problemas. La limitación de la herencia á un solo sexo puede explicar las diferencias que separan el espíritu del hombre del de la mujer en todas las razas, y las diferencias particulares á cada raza ó á cada sociedad. Un problema secundario, aunque digno de interés, sería el de saber en cuál medida estas diferencias pueden ser invertidas por la intervención de las relaciones sociales y domésticas, tal como se observa en las tribus montañosas de los Kasi, donde las mujeres tienen tan dura la mano, que despiden de una manera expeditiva á sus maridos si las disgustan.

5.º *Plasticidad mental en los dos sexos.*—Como se comparan las razas, lo mismo se pueden comparar los sexos en cada raza, en lo que concierne á la flexibilidad mental. ¿Se puede erigir en verdad absoluta esta proposición, que parece en general verdadera, de que las mujeres son menos capaces de modificaciones que los hombres? Las mujeres tienen más espíritu conservador; se atienen más fuertemente á las ideas y á los usos establecidos; tal es lo que se ve claramente en muchas sociedades civilizadas ó semi-civilizadas. ¿Ocurre lo mismo entre los salvajes? Un ejemplo curioso, que revela cuánto más aferradas están las mujeres á la costumbre que los hombres, es el que ha recogido Dalton entre los Juangs, una de las más bajas tribus de Bengala. Hasta estos últimos tiempos, el único traje para los dos sexos era entre ellos un poco más ligero que el traje atribuido por la leyenda hebráica á Adán y á Eva. Hace algunos años, los hombres se dejaron persuadir de que debían ponerse una banda de tela alrededor de la cintura; pero las mujeres se mantienen con terquedad en el uso primitivo; ¿habría nadie esperado ver el espíritu conservador manifestarse de este modo?

6.º *Sentimiento del sexo.*—Se llegaría á resultados im-

portantes determinando, con la ayuda de comparaciones establecidas entre las razas, el grado y los caracteres de los sentimientos más poderosos que hacen nacer las relaciones de los sexos. Las variedades inferiores de la humanidad son las menos capaces de semejantes sentimientos. En las variedades pertenecientes á tipos más elevados, como los malayo-polinesios, estos sentimientos parecen resultar poderosos: los dayaks, por ejemplo, se muestran algunas veces violentamente conmovidos. Hablando en general, estos sentimientos parecen crecer á medida que la civilización aumenta. Aquí se pueden indicar diversos motivos de indagaciones secundarias. *a.* ¿En qué medida el desarrollo del sentimiento de los sexos depende del desenvolvimiento intelectual y notablemente del progreso de la imaginación? *b.* ¿En qué medida se debe al progreso de la sensibilidad, y particularmente de estas emociones, cuyo principio es la simpatía? ¿Qué relación tiene con la poliandria y la poligamia? *c.* ¿No tiene por objeto y por excitante principal la poligamia? ¿Cuál relación tiene con el mantenimiento del lazo familiar y con la educación mejor que resulta de ello para los hijos?

III. Llegamos á la tercera parte; bajo su dominio colócaremos los caracteres más particulares de las diferentes razas.

1.º *Instinto de imitación.*—Uno de los caracteres por los cuales se ve de qué modo las razas inferiores están menos alejadas de la simple actividad refleja, es su fuerte tendencia á imitar los movimientos y los sonidos producidos por otro; hábito casi involuntario, que los viajeros tienen mucho trabajo en contener. Esta repetición, desprovista de sentido, parece probar que el individuo no puede formar la idea de una acción que observa sin sentirse arrastrado á producir la acción misma como él la concibe (toda idea de una acción, por otra parte, no es más que el hecho de conciencia que acompañaría á esta acción si ella fuese produ-

cida, pero que permanece en el estado naciente); semejante repetición está bastante próxima al automatismo puro, y se debe esperar verla decrecer, á medida que aumenta el imperio sobre sí. Esta mímica automática es, sin duda, pariente de este instinto de imitación menos automático, y cuyo efecto es la persistencia más grande de las costumbres; pues cada vez que una generación recibe de la precedente, sin reflexión ni indagación, una costumbre, da muestra de una tendencia á la imitación que en ella excede de las tendencias críticas y escépticas, y que mantiene hábitos de que no puede darse razón alguna. Esta mímica no razonada alcanza su mayor grado en el salvaje más ínfimo, y desciende hasta el más bajo en los hombres muy civilizados; habrá necesidad de estudiar este decrecimiento en sus relaciones con las formas cada vez más elevadas de la vida social, y considerándola como un socorro y á la vez como un obstáculo para la civilización; un socorro, en tanto que da á la organización social la estabilidad, sin la cual ninguna sociedad viviría; un obstáculo, porque impide los cambios que, por efecto del tiempo, esta organización reclama.

2.º *Falta de curiosidad.*—Por una especie de proyección colocamos en el medio en que vive el salvaje un natural como el nuestro, y entonces juzgamos que nos quedaríamos maravillados ante el primer espectáculo de los productos y de las obras de la civilización. Pero cuando nos figuramos que los sentimientos del salvaje son iguales á los que en su lugar experimentaríamos nosotros, nos engañamos de medio á medio. La ausencia de toda curiosidad razonada, respecto de estas novedades incomprensibles; he aquí lo que se observa en las razas inferiores de todos los países; y lo que distingue ya las razas semicivilizadas es que dan muestra á este respecto de una curiosidad razonada. Habría motivo para examinar las relaciones de este carácter con la naturaleza intelectual, la sensibilidad y el estado social.

3.º *Cualidad del pensamiento.*—Bajo este título vago se

pueden colocar muchas cuestiones, cada una de las cuales es fecunda en problemas: *a.* Grado de generalidad de las ideas. *b.* Grado de abstracción de las ideas. *c.* Grado de precisión de las ideas. *d.* Desenvolvimiento de nociones, como las de *clase*, de *causa*, de *uniformidad*, de *ley*, de *verdad*. Más de un concepto que nos resulta familiar, hasta el punto de que vemos en él una propiedad común á todos los espíritus, es tan extraño á los más humildes de los salvajes, como á nuestros propios niños; habría precisión de comparar las razas para establecer por cuál marcha el espíritu alcanza estos conceptos. Cada una de las partes precedentemente enumeradas debería ser estudiada en diversos respectos: *a.* En sí misma y en sus grados sucesivos. *b.* En su relación con los conceptos concomitantes de la inteligencia. *c.* En su relación con los progresos del lenguaje, de las artes y de la organización social. Se ha utilizado ya los hechos de la lingüística en tales indagaciones; pero sería preciso hacer un uso de ellos más sistemático. No es solamente el número de las palabras generales, ni el de las palabras abstractas del vocabulario de un pueblo, lo que habría que notar, sino también sus *grados* de generalidad y de abstracción, porque hay generalidades de primero, segundo y tercer orden, etc., de igual modo que hay grados en la abstracción. *Azul* es una idea abstracta, que se relaciona con una clase de impresiones sacadas de los objetos visibles; *color* es una abstracción más alta, que se relaciona con muchas clases de impresiones visuales; *propiedad* es una abstracción más elevada todavía, y que se extiende á muchos géneros de impresiones recibidas, no sólo por los ojos, sino por todos los órganos de los sentidos. Si se trazase un cuadro de las ideas generales y de las abstractas, colocándolas en el orden de su extensión y de sus grados, se tendría así una especie de reglas, que bastaría con aplicar á los vocabularios de las razas no civilizadas, para determinar con certidumbre el grado de inteligencia adonde han llegado.

4.º *Aptitudes especiales.*—Además de estos rasgos particulares de la inteligencia, que caracterizan los diferentes grados de la evolución, hay necesidad de contar otros, secundarios, y que dependen del género de vida; éstos nacen de la naturaleza de la facultad que los hábitos cotidianos han desarrollado por acomodamiento, y del grado de este desarrollo; tal es la destreza en servirse de las armas, el talento en seguir una pista, el arte de distinguir rápidamente objetos particulares. Naturalmente aquí se colocarían indagaciones sobre diversas particularidades de orden estético, propias de ciertas razas y todavía inexplicables. De una parte, los restos encontrados en las cavernas de la Dordoña, nos prueban que los habitantes de estas cavernas, por bajo que se les suponga colocados, sabían, sin embargo, representar los animales por el dibujo y por el grabado con alguna exactitud; y por otra parte ciertas razas vivientes, probablemente superiores á las precedentes en otros respectos, apenas parecen capaces de reconocer un objeto representado por la pintura. Y lo mismo sucede con el gusto por la música, que falta, ó poco menos, en muchas razas inferiores, y en otras de un grado poco elevado, se le encuentra con un desarrollo muy superior al que podría esperarse: tal ocurre con ciertos negros, que son tan buenos músicos de nacimiento (conozco el hecho por un misionero de estos países) que en las escuelas de los naturales, cuando se enseña á los niños los aires de los salmos, ellos mismos hacen el acompañamiento. ¿No se podría descubrir la causa de estas particularidades de raza? Hé aquí un problema interesante.

5.º *Formas especiales de la sensibilidad.*—Merecen un estudio atento, pues están en íntima relación con los fenómenos de la sociedad, con la posibilidad de progreso social, con la naturaleza de la organización social. Entre otros puntos dignos de notar señalaremos éstos: *a.* La necesidad de vivir en común, ó sociabilidad, cuya fuerza varía mucho de una raza á otra; algunas, como los mantrás, son casi in-

diferentes á las relaciones sociales; otras no pueden pasarse sin ellas. Claro es que la fuerza de esta necesidad por la cual el hombre ansía la presencia de sus semejantes, determina en gran parte la formación de los grupos sociales, y por ello obra sobre el progreso social. *b.* La impaciencia contra toda legislación. Ciertos hombres de tipos inferiores, como los mapuché, son ingobernables; en otros tipos que no son más elevados, los hombres se someten á la violencia; es más, admiran á los que la ejercen. Estas naturalezas tan opuestas merecerían ser estudiadas en sus relaciones con la evolución de la sociedad, pues en sus comienzos tales naturalezas son, favorable la una, contraria la otra. *c.* El deseo de las alabanzas se encuentra en todas las razas, nobles ó bajas; pero varía mucho en vivacidad. Hay ciertas razas inferiores, como algunas de las regiones del Pacífico, donde se ve á los hombres repartir los bienes para atraerse los aplausos que obtiene siempre una generosidad pródiga; en otras partes, por el contrario, se pone menos empeño en solicitar los elogios. Sería necesario conocer el lazo que existe entre este amor á la aprobación y el poder apremiante de la sociedad, pues contribuye mucho á afirmarlo. *d.* Deseo de adquirir. Hé aquí aún un rasgo en el cual habría necesidad de anotar particularmente los grados y su relación con el estado social. El amor de la propiedad crece con la posibilidad de satisfacerle; muy débil en los hombres colocados en situación más baja, aumenta á medida que la sociedad se desarrolla. Se pasa de la propiedad por tribu á la propiedad familiar, y de aquí á la individual; por eso la noción del derecho personal de propiedad gana en precisión, y el deseo de adquirir se fortifica. Cada paso que da la sociedad hacia un estado de orden hace posible un más amplio ahorro y hace también seguros los placeres que se pueden sacar de él; al propio tiempo, encontrándose el ahorro, encomiado el propietario ambiciona acumular más capital, y de aquí muchos progresos. Esta acción y esta reacción del senti-

miento y del estado social es la que habría necesidad de estudiar en cada caso.

6.º *Los sentimientos altruistas.*—Aunque vienen en último lugar, son los más elevados. En su evolución, que acompaña á la de la civilización, vemos de lleno la influencia recíproca de la unidad social y del organismo social. De un lado no puede haber ni simpatía, ni ninguno de los sentimientos que de ella nacen, si el individuo no tiene en torno suyo semejantes. Por otra parte, la unión del individuo con sus semejantes supone, entre otras cosas, que la simpatía domina sobre él, así como los frenos que ella impone á su conducta. La necesidad de la vida en común y la sociabilidad fortifican la simpatía; una vez acrecida, contribuye á hacer la sociabilidad más activa y más estable el estado social, y así sucesivamente; cada progreso de la una hace posible un nuevo progreso del otro. Hay, pues, motivo para estudiar los sentimientos altruistas nacidos de la simpatía en los diferentes tipos humanos y en los diversos estados sociales, donde aparecen; este asunto se puede dividir en tres dominios: *a.* La piedad, cuyas diversas manifestaciones se debe observar, hacia los niños, hacia los enfermos y los viejos, y hacia los enemigos. *b.* La generosidad (que hay necesidad de distinguir del amor del fausto), que se muestra por los dones, por la renuncia á ciertos placeres, con el propósito de proporcionar el bien ajeno, por esfuerzos activos que tengan por objeto el bien del prójimo. Otro distinto punto de vista, donde es preciso colocarse para observar estos sentimientos, es el de la extensión, según que sean restringidos á nuestros deudos, ó extendidos únicamente á los de la misma sociedad, ó que vayan á las de otras. Es preciso aún considerar en ellos el grado de previsión, es decir, según nazcan de impresiones repentinas, que el individuo sigue sin darse cuenta, ó que se desplieguen con una clara noción de los sacrificios futuros á que el individuo se expone. *c.* Justicia. Este sentimiento, el más abstracto de los altruistas, debe ser considerado desde to-

dos los puntos de vista ya indicados, como también desde muchos otros; es forzoso verle manifestarse respecto de la vida de los demás, respecto de su libertad, de sus bienes y, por último, de sus derechos secundarios. Habría necesidad también de establecer comparaciones entre estos sentimientos supremos, y, sin hablar del resto, juntar á ellos comparaciones entre los estados sociales concomitantes, de que son una de las principales causas determinantes entre las formas y modos de acción de los gobiernos, entre el espíritu de las leyes, entre las relaciones recíprocas de las clases.

Estas son tan brevemente expuestas, como lo permiten las exigencias de la claridad, las divisiones y subdivisiones capitales en que se puede dividir la psicología comparada del hombre. En mi paso rápido, al través de un campo tan vasto, he olvidado seguramente muchas cosas que deberían ser comprendidas en él. Ciertamente también más de una de las cuestiones citadas aquí se ramificarían en problemas subordinados, muy dignos de estudio. Pero tal como resulta, este programa es bastante amplio para ocupar la atención de muchos indagadores, y cada uno de ellos podrá encontrar ventaja en encerrarse en un capítulo aparte.

Los antropólogos, cierto es, después de haberse ocupado de las artes y de los productos primitivos, han consagrado casi toda su atención al estudio de los caracteres físicos de las razas humanas; sin embargo, no puede dejar de reconocerse, yo creo que este estudio le cede en importancia al de los caracteres psicológicos. Las conclusiones generales, adonde pueden conducirnos las indagaciones del primer orden, no tienen tanta importancia, para nuestra concepción, de las clases de fenómenos más elevados, como las conclusiones generales, adonde nos pueden llevar los segundos. Una teoría verdadera del espíritu humano es para nosotros de una importancia capital. Luego una comparación sistemática de los espíritus de los hombres, de sus especies y de sus grados diversos, nos ayudará á crear esta teoría. Cuando conozcamos las relaciones recíprocas del ca-

rácter de los hombres con el de cada una de las sociedades que ellos forman, nuestras ideas referentes á los arreglos políticos se resentirán profundamente. Una vez que sepamos la dependencia mutua de las naturalezas individuales y de las construcciones sociales, comprenderemos de una manera mucho más exacta los cambios en vía de ejecución y los que habrán de seguir después. Cuando veamos en el desarrollo mental un acomodamiento progresivo á las condiciones sociales que, sin cesar, moldean el espíritu á su imagen y son remanejados por él, tendremos una noción saludable de los efectos lejanos de las instituciones sobre el carácter, remedio eficaz para los males tan graves que produce hoy en día una legislación ignorante. En suma: una buena teoría de la evolución mental, considerada en el conjunto de la humanidad, nos dará la clave de la evolución en el espíritu del individuo, y nos ayudará, pues, á poner mucho razonable en nuestros peligrosos métodos de educación, y por ello á fortificar las inteligencias y á elevar los caracteres.

IX

OBJECIONES

REFERENTES Á «LOS PRIMEROS PRINCIPIOS» Y RESPUESTAS
Á ESTAS OBJECIONES

(*Fortnightly Review*, Noviembre y Diciembre 1873.)

- 1.ª Objeción de M. Caird: *Los límites del Conocimiento.*
- 2.ª Objeción de Mansel: *El verdadero fundamento de la religión.*
- 3.ª Objeción de Hodgson: *Naturaleza del tiempo y del espacio.*
- 4.ª Objeción de Max Muller: *El Origen de las ideas; el autor entre Locke y Kant.*
- 5.ª Objeción de Sidgwick: *Las supuestas contradicciones del autor.*
- 6.ª Objeción de Martineau: *Una tentativa para determinar la idea de lo absoluto.*
- 7.ª Objeción de la *Review trimestrielle*: *El autor acusado de favorecer el escepticismo y de destruir la moral.*
- 8.ª Objeciones de Moulton y Tait: *Los principios primeros de las ciencias físicas.*
Continuación: *Sobre un ensayo de demostración de estos principios.*
- 9.ª Carta á Hayward: *La experiencia nos ayuda á desprender los principios a priori.*
Conclusión.